

Pedro Salinas entre el joven Eliot y el joven Unamuno¹

A Luis Izquierdo

I

Varios motivos —vitales, circunstanciales, de experiencia personal y de *observador* orteguiano— hacen que Salinas, profesor y poeta, trace las maravillas del lenguaje por lo que toca al hombre, por lo que atañe a la comunidad y por los prodigios que conlleva el cultivo gustoso y delicado de sus aguas hondas en la práctica poética, en la *Defensa del lenguaje*, texto de mayo de 1944 que cierra *El Defensor* (1948). En el primer aspecto, su argumentación se encamina a probar que el hombre se posee en la medida en que posee su lengua, echando mano para ello de filólogos germanos, especialmente de Von der Gabelentz, cuya *Sprachwissenschaft* (1891) había insistido en que la preferencia por una determinada posibilidad de expresión viene condicionada por la afectividad como principio psíquico que selecciona el lenguaje. De ahí que Salinas —que en estos planteamientos está muy cerca de las formulaciones estilísticas de Dámaso Alonso— se ampare en el psicólogo francés Henri Delacroix, cuyo libro *Le langage et la pensée* (París, 2.^a ed., 1936) tenía muy a mano, para certificar que «el pensamiento se orienta hacia el lenguaje como hacia el instrumento universal de la inteligencia»², siempre desde el criterio de personalizarse, afirmarse, individualizarse, en el uso del prodigioso y común teclado verbal.

Quiero llamar la atención sobre dos pasajes íntimamente relacionados en esta argumentación. Al establecer que el lenguaje es el primer modo que se le da al hombre de adueñarse de la realidad, Salinas refiere una anécdota cuya paternidad adjudica a Joan Maragall:

¹ El presente estudio es la parte final, levemente retocada, de mi conferencia «Pedro Salinas, defensor del lenguaje poético», dictada el 5 de noviembre de 1991 en el Homenaje a Pedro Salinas organizado por la Universidad de Barcelona.

² Pedro Salinas, «Defensa del lenguaje», *El Defensor* (introducción de Juan Marchal), Madrid, Alianza, 1983; pág. 281. En adelante citaré en el texto, indicando la página de esta edición.

Cuenta el poeta catalán Juan Maragall que en cierta ocasión llevó a una niña de algunos años, que no conocía el mar, a la orilla del Mediterráneo, deseoso de ver el efecto que causaba en ella esa primera visión. La niña se quedó con los ojos muy abiertos y, como si el propio mar la enviara, dictado por el aire, su nombre, dijo solamente: «¡Mar, el mar!». La voz es pura defensa. La criatura ve ante sí algo que por sus propias proporciones, su grandeza, su extrañeza, la asusta, casi la amenaza. Y entonces pronuncia, como un conjuro, estos tres sonidos: «mar». (...) Esta niña de Maragall está afirmando su persona, su personilla principiante, frente al paisaje marino, por virtud de la palabra [280-1].

Aunque la anécdota de la niña que al ver el Mediterráneo una tarde de agosto exclama «¡La mar!», se encuentra también en la primera conferencia de la serie *La Realidad y el poeta* adjudicada a Maragall, no he conseguido dar con ella en la obra en prosa del gran poeta catalán, pues no coincide con las dos pequeñas historias que refiere en el *Elogio de la palabra* ni tampoco se encuentra en alguno de los artículos líricos que por su temática pudieran referirla. No obstante, poco importa la anécdota y sí, en cambio, el paralelismo entre Maragall y Salinas. Para el poeta madrileño el poder de la palabra, afirmando la personalidad del hombre ante el mundo, se autorizaba en el *Elogio de la palabra*, cuando el poeta catalán afirmaba que la palabra «trae en sí esta cosa inmaterial desveladora del espíritu: la idea»³.

En el segundo pasaje, Salinas afirma que el ser humano, en tanto ser espiritual, es inseparable de su lenguaje: a través de la palabra —que es espíritu— el hombre se libera y reconoce y posee su propia alma. Precisamente en este momento Salinas alude a «lo que Unamuno ha llamado el secreto de la vida, de nuestra propia vida» [284], a cuyo conocimiento y exploración sirve el lenguaje en su función más trascendental, que «no es técnica de comunicación, hablar de lonja» [284]. El préstamo unamuniano que toma Salinas es sesgado, pues lo que afirma Unamuno en el ensayo *El secreto de la vida* (1906) es que la libertad está enterrada en el misterio del radical adentro humano, y que al apresarla en lenguaje —«el lenguaje de aquellos a quienes me dirijo»— lo único que se hace es revestirlo, no desnudarlo, o dicho en el paradójico ademán unamuniano:

La sinceridad se ahoga en palabras. El secreto, el verdadero secreto, es inefable, y en cuanto lo revestimos de lenguaje, no es que deje de ser secreto, sino que lo es aún más que antes⁴.

Resulta evidente —hay más razones— que Salinas no podía compartir enteramente esta tajante posición unamuniana de 1906, que es a la que se alude en *El Defensor*.

Sobre el valor del lenguaje para la vida del hombre en el seno de lo social es más breve, «casi no hay que hablar, por tan sabido» [286]. Salinas se autoriza en un buen haz de citas (Saussure, Delacroix, Vendryes) para

³ Joan Maragall, «Elogios», *Obras Completas. Obra Castellana, Barcelona, Selecta*, 1981; pág. 44.

⁴ Miguel de Unamuno, «El secreto de la vida», *Obras Completas* (ed. M. García Blanco), Madrid, Escelicer, 1968; t. III, pág. 884.

insistir en el valor del lenguaje como configurador del sentimiento nacional. No cabe duda de que el hecho de estar despojado de su tierra es el catalizador de las reflexiones de Salinas, que ve la lengua madre como un nuevo hogar. De todos modos, las citas de Stenzel y Vossler son inequívocas, sobre todo la del primero, pues Salinas recurre al filósofo alemán en un pasaje de su *Filosofía del lenguaje* donde está tratando de dibujar el lenguaje como «magna mater» de todo lo espiritual, solícita y atenta a sus hijos cuando necesitan de ella. La reveladora cita de Stenzel es la siguiente:

Se dice que no hay que sobrestimar el lenguaje en su importancia por lo que se refiere a una nación, y que un pueblo se convierte en nación por su destino histórico, por su suerte y su infortunio, por el recuerdo común, por la acción y la voluntad. Mas todo esto se hace real para un pueblo sólo por medio del lenguaje; sólo en virtud de su lengua se convierte en patrimonio suyo su historia, en el mito-palabra en la saga-fabla, patrimonio que ha de conquistar siempre por el cultivo de su lengua. Con la decadencia de ésta viene siempre de la mano la decadencia espiritual de un pueblo [287-8]⁵.

Al aceptar la reflexión de Stenzel, Salinas —sólo es el momento de constatarlo— está forjando un eslabón más de la tradición liberal española, empeñada en la construcción de un nacionalismo que, históricamente, había quebrado una vez más en la tragedia de la II República.

II

Es el poeta quien se alza frente al lenguaje en actitud de busca y de lucha, «con sed de creación», escribe textualmente [292]. Afanoso de decir lo que siente, el poeta intima con el lenguaje en pos de «la plena consumación/ de tanto ardor en sosiego»⁶. En la convocatoria de las palabras que es el poema, el poeta vive y repite renovado «el lenguaje de todos los ayeres de la poesía que se hace presente de nuevo» [298]. El poeta, máximo artífice del lenguaje, siente así la tradición, la presencia del pasado en el lenguaje poético que emplea; o dicho de otro modo: el poema es el receptáculo en el que el lenguaje poético dialoga con diversas fases de la tradición.

Las reflexiones de Salinas en este punto decisivo —el poder de la palabra poética— tienen una doble clave: Eliot y Unamuno. El armonioso acorde que postula entre la tradición culta y la tradición analfabeta no es más que una inteligente síntesis a este propósito de las justamente célebres formulaciones del joven Eliot y del joven Unamuno.

En *El Defensor*, la importancia de la tradición se aborda brevemente, aunque se invoca de continuo que la literatura y el lenguaje poético, en concreto, empiezan «from Homer», así como laten frecuentemente las correspondencias entre el sistema interno de una obra y el sistema de la his-

⁵ Cf. Julio Stenzel, *Filosofía del lenguaje* (traducción de Ramón Gómez de la Serna), Madrid, Revista de Occidente, 1935; pág. 63. Salinas seguramente traduce la cita del alemán.

⁶ Pedro Salinas, «Variación XI. El poeta», *El Contemplado* (1946). *Poesías Completas* (ed. Solita Salinas), Barcelona, Barral, 1975; pág. 639.

toría literaria: «La literatura es siempre secuencia, hasta en aquellos que quieren romper con todo», afirma en la *Defensa, implícita, de los viejos analfabetos*⁷. El tema de la tradición y del talento individual embarga el quehacer crítico y creativo del Salinas de los años americanos: las reflexiones teóricas y la ilustración de Manrique —metáfora de sí mismo, en cierta medida—, de un lado, y el poema «Todo más claro», de otro, son excelentes ejemplos, si bien es necesario advertir —y aunque se ha hecho, no ha merecido la atención suficiente— que los tres libros del intimismo amoroso —libros de la década de los 30— remiten en sus títulos a varios momentos de la cadena literaria española.

«En historia espiritual —escribe Salinas en su estudio sobre Manrique (1947)— la tradición es la *habitación* natural del poeta»⁸. Al modo del aire que circunda al individuo, la tradición, esa «vasta presencia innumerable» acarrea a nuestro presente la certidumbre del pasado. La vida de cualquier hombre, la del poeta por demás, es una vida asentada sobre las profundidades de la tradición: la que se adquiere por el desarrollo del propio trabajo, la de los letrados, la culta; y la tradición sin letra, la tradición analfabeta e inconsciente. Por ello discrepa de la univocidad de la tradición, según Eliot, cuando afirma en su ensayo *La tradición y el talento individual*, «la tradición no se puede heredar y si uno la quiere, tiene que ganársela con arduo esfuerzo»⁹, y por esa misma razón en el apartado «Verbo» del poema «Todo más claro», donde poetiza la amanecida de las palabras hacia el poema, están presentes Garcilaso, San Juan, Cervantes —la tradición culta— y a la par las voces humildes de los labriegos o las palabras de las mujeres que amasan el pan.

Detengámonos en las dos formas de tradición que colaboran en la forja del lenguaje poético, que no sólo devuelve el sentido más puro a las palabras de la tribu como decía Mallarmé, sino que lo recrea y lo lustra, lo desnuda y le confiere un poder inmortalizador.

Un concepto de tradición es el que nace del lenguaje, a través del cual se recibe «una masa de concreciones tradicionales de pensamiento y de sentimiento»¹⁰. Es la tradición ilustrada que el propio Salinas reconoce «se acerca al concepto unamunesco de la *tradición eterna*»¹¹. Decía Unamuno —es bien sabido— que hay una tradición eterna, legado de siglos, receptáculo de la ciencia y el arte universales, y cuya esencia hay que buscar en el presente vivo dado que es la sustancia de la historia, de lo inconsciente de la historia, representado por el mundo de los silenciosos, por

los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madreporas suboceánicas echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la historia¹².

⁷ Pedro Salinas, *El Defensor*; pág. 243.

⁸ Pedro Salinas, *Jorge Manrique o tradición y originalidad*, Barcelona, Seix Barral, 1974; pág. 103.

⁹ Cf. T.S. Eliot, «*Tradition and the individual talent*», *The Sacred Wood (1920)*. London, Methuen, 1974; pág. 48.

¹⁰ Pedro Salinas, *Jorge Manrique o tradición y originalidad*; pág. 105.

¹¹ *Ibidem*; pág. 107.

¹² Miguel de Unamuno, «*La tradición eterna*», *En torno al casticismo. Obras Completas*; t. I, pág. 793.